

EL ÁRBOL EN EL MITO Y EL SÍMBOLO ¹

DORIS HEYDEN

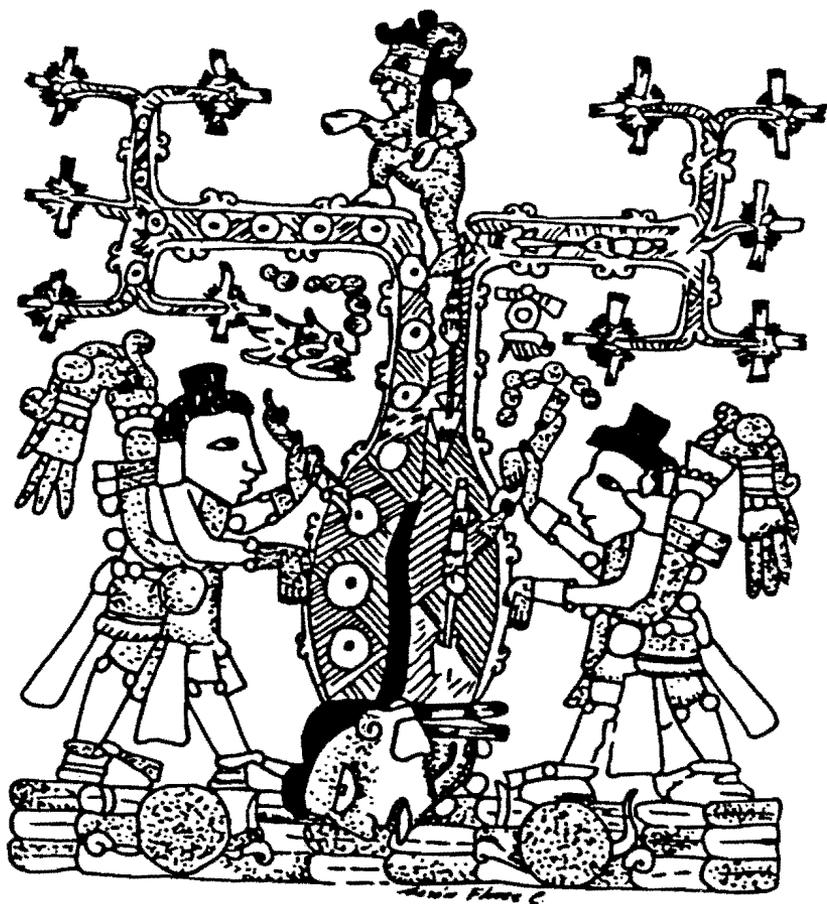
En este trabajo se describe el árbol en la historia y en el pensamiento mesoamericanos, como un ser muy diferente a lo que concebimos hoy, que es simplemente como un material para la construcción (la madera) o —siendo árbol—, como adorno en el jardín o productor de frutas. En tiempos antiguos también servían para estos fines pero de una manera distinta. Porque el árbol con sus productos era uno de nuestros protectores, era nuestro padre, nuestro abuelo.

En el siglo xvii el cronista Jacinto de la Serna escribió que los árboles originalmente eran hombres y por eso conservaban su “alma racional” (1953:231). Núñez de la Vega dijo en 1702 que en Chiapas la ceiba fue tan sagrada que debajo de sus ramas se celebraban actos oficiales como la elección de los alcaldes, y aquí se confirmaban estos actos con incensar a los participantes. Añade Núñez de la Vega que el enorme respeto para la ceiba se debía a la creencia que los linajes de los hombres les llegaban por las raíces del árbol, probablemente después de haber nacido los antepasados míticos en la tierra madre, de donde pasaron por la ceiba para llegar al mundo de los vivos (citado por Thompson, 1950:71). Los lazos ancestrales entre la humanidad y los árboles, vislumbrados en estas líneas, se hacen más evidentes en la región de Oaxaca, donde vemos —en los códices pictóricos *Vindobonensis* y *Selden* y en las palabras de fray Antonio de los Reyes, 1593— que los dioses y los reyes mixtecos de Apoala tuvieron su origen en las ramas de árboles majestuosos que crecían en un río sagrado.² Fray Francisco de Burgoa, 1674, también habla del nacimiento de los mixtecos por medio de los árboles (1934, 1:274).

Veamos lo que dicen estos cronistas.

¹ Una versión de este trabajo se presentó en la XXII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, agosto 1991.

² El árbol del origen de los mixtecos se ve en el *Códice Vindobonensis*, 1963, lám. 37 y en el *Códice Selden* 2, 1964, lám. 2. Jill Leslie Furst hace un estudio de esta tradición en su libro de 1978; también Maarten Jansen, 1982. Véase la bibliografía.



El nacimiento del pueblo mixteco del árbol de la creación.
Códice Vindobonensis, lám. 37.

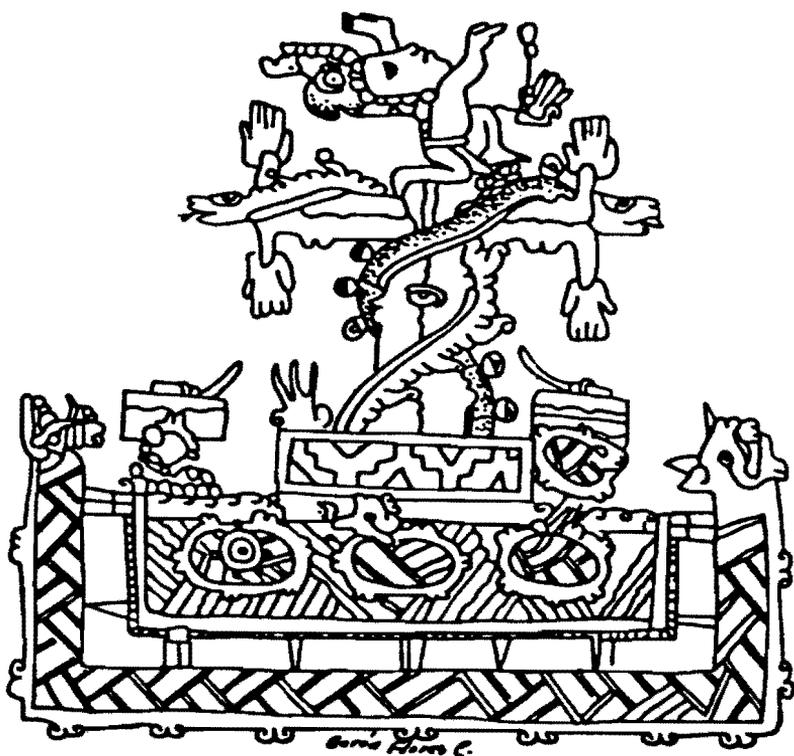
Según Serna, la gente del pueblo de Ocoyoacac, hace más de tres siglos, veía a los árboles como seres animados, como hermanos. Dice que

Piensen que los árboles fueron hombres en el otro siglo . . . y que se convirtieron en árboles, y que tienen alma racional, como los otros; y así cuando los cortan para el uso humano . . . los saludan, y les captan la benevolencia para haberlos de cortar, y cuando al cortarlos rechinan, dicen, que se quejan. Para prueba de esto referiré a (un caso), que teniendo los indios de este pueblo de Ocoyoacac obligación de poner una viga grande en el puente del Río de Toluca, que es paso para toda esa tierra de Mechuacan, cuando fueron a el monte a cortarla, el Gobernador . . . , habiendo convocado todo el pueblo para esta acción, subieron a el monte, y cortaron el árbol, y así como cayó, llegó una india vieja y le quitó las ramas y fue a el tronco de donde había sido cortado, y poniéndolas encima le consoló con muchas palabras amorosas, pidiéndole que no se enojase, que lo llevaban para que pasasen todos los de esa tierra de Mechoacan . . . (1953:231-232).

Thompson, después de citar a Núñez de la Vega, dice que en Yucatán hay la creencia de que una enorme ceiba crece en el centro de la tierra, de donde sus ramas suben tan alto que pasan por los diferentes niveles terrestres y celestes y los espíritus de los muertos ascienden por esas ramas hasta llegar al nivel más alto, donde se quedan. (Evidentemente Thompson aquí está citando a Landa y se nota una influencia cristiana, por el hecho de que ascienden al cielo en vez de residir en el Metnal, el inframundo de los mayas.) Y tomando algo del trabajo de Roys, Thompson menciona el primer árbol del mundo, el *yaxcheel cab*, que alimentó a los primeros humanos. (1950:71). Este carácter del árbol como dueño de los alimentos, protector de los hermanos humanos, nos recuerda al *Códice Vaticano-Ríos* donde se ve un árbol de leche en Xochiatlalpan, "Tierra Florida", donde los niños que murieron en la infancia se alimentaron con leche que fluía por las ramas del árbol. (1964, III:17, lám. 4).

Refiriéndonos a la tradición del nacimiento de los árboles grandes, cito a Burgoa que dice de los mixtecos:

. . .cuyo origen atribuían a dos árboles altivos de soberbios, y ufanos de ramas que deshojaba el viento a los márgenes de un río, de la soledad retirada de Apoala entre montes que después fue población. Este río nace del encañado de dos montes . . . y al pie del uno hace boca una oquedad o cueva, por donde respira violento el río . . . Con las venas de este río crecieron los árboles, que produjeron los primeros caciques, varón y hembra . . . y de aquí por generación se aumentaron y extendieron poblando un dilatado reino . . . (1934, I:274).



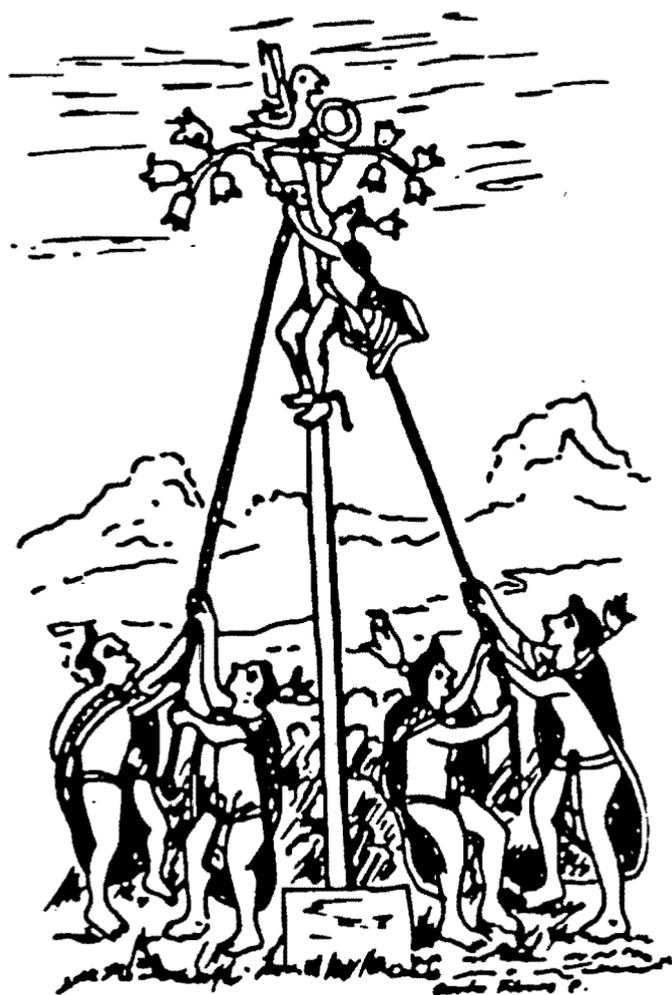
El primer hombre mixteco nace de un árbol sagrado. Códice Selden, 2.

Según el *Popol Vuh* de los quiché maya, entre los ancestros de los humanos los dioses primero formaron a la gente de barro pero éste se desintegró con la lluvia. Luego los dioses probaron la madera, la carne de los árboles, y el resultado fue positivo. Se multiplicaron los hombres de madera y vivieron felices pero se les olvidó honrar a los dioses, por eso fueron destruidos y el maíz sustituyó a sus cuerpos. Este grano tuvo un feliz resultado en esa ocasión, los antepasados del hombre hechos de árboles, tuvo un triste fin. (Recinos, 1953:91-94, 174-176).

Pero el árbol nunca perdió su lugar como material sagrado. No sólo se le encuentra en los mitos de la creación de la humanidad sino, como dijo Cervantes de Salazar, la gente “adoraba como dioses algunos árboles como cipreses, cedros, enzinas, ante los cuales hacían sus sacrificios... Delante de estos árboles ponían los indios fuego y sahumero de copal...” (1914, 1:41).

Yéndonos al altiplano central, vemos en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* que en el mito de los Cuatro Soles, después de la destrucción del mundo en el Sol de Chalchiuhtlicue, fue tanta la lluvia que se cayeron los cielos. Entonces los dioses Quetzalcóatl y Tezcatlipoca se transformaron en grandes árboles y con la ayuda de otros dos dioses y cuatro hombres creados para este fin, alzaron el cielo y lo pusieron en su lugar correcto, con todo y estrellas. Para esta hazaña, Quetzalcóatl fue un árbol llamado *quetzalhuexotl*, “sauce precioso” o “sauce emplumado”, y Tezcatlipoca se convirtió en el *tezcacuahuitl*, “árbol de espejos”. (1973:32).

El árbol está asociado con la creación en otro mito, esta vez en la *Historia de México*. Ehecatl-Quetzalcóatl y Mayahuel bajaron de uno de los niveles celestes a la tierra y se transformaron en un árbol con dos ramas. Una se llamaba *Quetzalhuexotl* y fue la rama de Quetzalcóatl, y la otra fue *Xochicuahuítl*, la de Mayahuel. Cuando los otros dioses se dieron cuenta que se había ido la diosa, bajaron para buscarla. Con esta intrusión las ramas se rompieron y cayeron al suelo. Las deidades reconocieron a la de Mayahuel, entonces tomaron la rama, la rompieron en pedazos y cada uno comió uno. A Quetzalcóatl lo dejaron en paz y regresaron al cielo. Pero Quetzalhuexotl dejó su forma de rama, volvió a ser como había sido antes, juntó los pedazos de Mayahuel que quedaron, es decir, sus huesos, los enterró con cuidado, y de allí nació otro árbol que se llamaba *mell* o maguey. (1973:107). (Sabemos que el maguey no es un árbol sino un agave, pero los cronistas de la colonia suelen llamarle árbol, igual que el nopal. Véase Sahagún 1969, III:290).



Los jóvenes compiten en subir el árbol xocotl con el fin de alcanzar la figura hecha de tzoalli en la cima, durante la fiesta Xocotl Huetzi.
Durán, 1967, lám. 18.

Quetzalcóatl como protector de la naturaleza vuelve a aparecer en las palabras de Ponce de León en el siglo xvi, quien dice que cuando las personas que necesitan madera para vigas u otros usos van al bosque a cortar árboles,

...van al cerro o monte y antes de entrar en él hacen una oración a Quetzalcóatl, pidiéndole licencia y diciéndole que no les atribuya a desacato querer sacar madera de su monte, que les dé facultad para sacarlo de su costado aquella madera, que le prometen de ponerla en parte donde sea venerada por los hombres. Y cortada viga o vigas, y toda para tirarla, le ponen en la punta un poco de piciete y en el medio y en la punta trasera, y luego le da con un madero unos golpes en medio. Invocan a Quetzalcóatl para que les ayude y para que no les suceda mal en el camino, que nadie se lastime y esto mismo hacen cuando acarrear piedras grandes y las sahuman con copal en honor de Quetzalcóatl. (1973:130-134).

Serna (1953:329-330) describe la ceremonia practicada por todos los cortadores de madera al acercarse a los árboles, donde “se valen de sus conjuros”. Se ofrenda *piciete*, el tabaco, encargándole que proteja al bosque y a los leñadores. Luego se dirigen a Quetzalcóatl, pidiéndole protección, después al hacha, que llaman “el chichimeco bermejo”. Le piden al chichimeco-hacha que “no me codicies”, que es una metáfora para “no me vayas a herir, a cortar”, ni al leñero ni al árbol innecesariamente. Finalmente, dirigen unas palabras al árbol mismo, llamándolo “el hijo de *Ce Acatl*”, que según Serna es el signo de las aguas, porque los árboles son felices cuando crecen en o junto del agua, igual que los tules; *acatl* quiere decir “tule”, planta que crece en el agua. Recordaremos, también, que *Ce Acatl* es uno de los nombres de Quetzalcóatl. Es interesante que los leñadores se llamaban *cuauhilatque*, “los señores de los árboles”, es decir, en el sentido de que son los dueños y protectores del bosque.

Este enorme respeto al árbol en el México antiguo me recuerda a un incidente relativamente moderno (tuvo lugar en Saltillo en 1966), cuando la ceremonia del palo volador todavía se hacía con un árbol natural, en vez de usar una varilla de metal como hoy día. Tradicionalmente, el árbol para el palo volador se cortaba en el bosque con mucha ceremonia. Primero se rocía el árbol con algún licor —así lo “bebía”— para que no sienta dolor al cortarlo. Al trasladar el árbol del bosque a la plaza del pueblo, los hombres tenían mucho cuidado de no permitir que sus ramas tocaran el suelo, para no contaminarlo. Después de quitarle las ramas, el árbol o el palo se le colocaba en un agujero donde primero se había depositado, como ofrenda, mezcal, una



Bosque artificial en el patio del gran templo de Tenochtitlan en la fiesta de Tlaloc y en honor del árbol Tota, "Nuestro padre".
Durán, 1967, lám. 14.

gallina o su sangre, cigarros y agua bendita. En Saltillo, por las prisas, los voladores, que habían venido de Papantla, no consiguieron gallina o un gallo y sólo depositaron el mezcal. Sobrevino una tragedia: cuatro de los voladores se cayeron desde lo alto del palo, y dos de ellos murieron. El capitán del grupo afirmó después que el accidente se debía a que no se le había propiciado al árbol con el respeto y las ofrendas acostumbrados.

Sahagún, en el *Códice Florentino*, habla del artesano que talla figuras de los dioses de la madera:

...si algún tallador de madera desea hacer (la imagen) de su dios, va al bosque, donde corta un árbol. Escoge un árbol alto, recto, bueno. Primero corta las ramas. Éstas, las hojas y la corteza las lleva a su casa, donde se utilizan para cocinar su comida. Corta el árbol en partes; hace un tronco, un cilindro de madera. Y a ese tronco lo forma, lo corta, lo talla, con mucho cuidado. Lo convierte en una forma con cabeza, ojos, una cara, y con el cuerpo con pies y manos. Cuando haya terminado, el hombre hace una casa para la imagen contra una pared de su propia casa. La fija bien para que no cae. Cuando el dios está puesto con cuidado en su casa (o altar), el hombre pone ofrendas frente a él. Ante el dios ofrece su propia sangre de sus orejas, las corta. Reza frente a la deidad, hace promesas, llora frente al dios, hace penitencia, pregunta al dios qué es lo que desea de él. (*Códice Florentino*, libro 1:57, 1970). (Este texto es una traducción libre del inglés.)

Se nota que aunque el hombre fabrica su propio dios, lo hace del árbol que él considera sagrado y todo el proceso es ritual. Sahagún continúa con unos comentarios sobre la madera:

La madera es buena, la necesitamos, es una creación de Dios... Pero la madera utilizada para fabricar los ídolos debe ser maldecida (y cita la Biblia): "... (los idólatras) ... dieron el nombre de Dios a la piedra y a la madera; adoraban la piedra, adoraban la madera... Al dirigirse a la madera dijeron, 'Eres mi dios, eres mi señor'. (*Ibid.*: 69).

Sahagún no explica de qué madera fabricaba a su dios para su propio uso. Durán, sí, cuando describe cada una de las deidades que se adoraban entre los mexica, informa de qué material estaba hecha su imagen. Algunas estatuas se hacían de piedra, otras de obsidiana (Tezcatlipoca, probablemente el único), algunas de semillas, y otras de madera. La mayoría eran de madera. El material utilizado probablemente dependía, en la mayoría de los casos, de la facilidad de con-



Un gobernante en Chapultepec, en su “casa pajiza”, hecha de tules; indica su alto rango. *Historia Tolteca Chichimeca* (arriba).



Dos soberanos con sus diademas de turquesa puestas, sentados en los asientos de tules, que eran para los tlatoani y hombres de alta posición. *Códice Florentino*.



El tallador de madera corta el árbol y empieza a fabricar su propio dios.
Salagún, *Códice Florentino*, Libro I.

seguirlo. En una zona boscosa es natural usar la madera. El hecho de que a Tezcatlipoca lo hacían de obsidiana seguramente se debía a razones simbólicas y religiosas, ya que la obsidiana no se encuentra en todas partes y es difícil de trabajar. Recordemos que una de las múltiples personalidades de Tezcatlipocâ fue el cuchillo de obsidiana. Pero regresando al árbol y a la madera, Durán, al hablar del dios del baile, dice que en actos ceremoniales sacaban la figura del dios al patio, donde la ponían junto al "atambor que ellos llaman *teponaztli*". De este tambor de madera dice que:

Honraban en México y en Tezcoco y en muchas partes de la tierra el *teponaztli*, como a dios y le hacían ofrendas y ceremonias, como a cosa divina, y no me maravillo, que a este instrumento se le hiciesen, pues también se hacía a las cortezas de sus árboles resinosos, a causa de que hacían buena brasa. (1967, 1:189).

Aquí dice Durán, que se adoraba como dios al *teponaztli* hecho de madera, probablemente en gran parte por la música producida por la manera de fabricarlo, el material (madera), y el modo de tocarlo en las ceremonias. Al mismo tiempo Durán se refiere a la corteza de los árboles resinosos, ésta no solamente hacía buena brasa, como dice el cronista, sino tenía gran significado ritual.

La corteza del árbol, la del pino resinoso, el ocotillo o tea, fue una de las cosas requerida como tributo de varios pueblos sojuzgados por los mexica de Tenochtitlan. Esa corteza, que se quemaba con una flama tan brillante, se llamaba "leña para los señores". Esa tea, el ocotillo, también servía de antorchas para iluminar la ciudad. Pero tal vez su uso más importante fue para formar imágenes de los guerreros caídos en batalla, unos bultos de muerte. Los ritos de luto en que jugaban un papel los bultos de tea eran los que siguen.

El ocote y la muerte

Los *cuauhuehuetque*, eran los maestros de campo de los soldados caídos, iban a las casas de las viudas y tenían largas pláticas retóricas, hablando de los valores de sus maridos y sus hazañas en la guerra. Decían que "no murieron arando ni vacando, ni por los caminos buscando la vida, sino por la honra de la patria son idos, todos asidos de las manos... (y) gozan de aquellos resplandecientes aposentos del sol, donde andan en compañía, arreados de aquella luz suya; de los cuales habrá eterna memoria".

Acabada esta plática, salían a la plaza los cantores de los que morían en la guerra, los cuales eran cantores particulares diputados para este solo oficio... (Durán 1967, II:287).

Allá en la plaza, tocaban el tambor de madera y cantaban canciones tristes. También en sus cantos se referían al valor de los muertos en la guerra. Salían las viudas, con las mantas y maxtlatls de sus maridos encima de sus hombros. Los hijos llevaban puestas las narigueras y orejeras de sus padres. Las mujeres lloraban con voces fuertes y tristes. Todos lloraban, cantaban y daban grandes palmadas. Esta parte de las exequias duraban cuatro días, al fin de las cuales se hacían las estatuas de los muertos de "palo de tea, hecho rajás". Con estas tiras se formaban el cuerpo, la cabeza, brazos, pies y las facciones de la cara. De papel se hacían los ceñidores, bragueros y mantas. En los hombros ponían unas alas de pluma de gavilán, "para que anduviesen volando delante del sol cada día". Se cubrían las cabezas de los bultos de muerto con plumas y colocaban sus orejeras, narigueras y bezotes. Por fin a las imágenes las llevaban al tlacochcalco, donde las viudas colocaban comida frente a ellos (*tlacatlacuali* = "comida humana", *papalotlaxcalli* = pan de mariposas"). Luego traían vasos de *teotecomatl*, pulque en una "jícara divina" para la estatua de tea, además de flores y "humazos". Las exequias, con estos ritos y otros, duraban 80 días. Durante ese tiempo las viudas no podían bañarse ni lavar la cabeza, pero para evitar demasiada suciedad se untaban las cabezas con la corteza molida de un árbol que se usaba para matar los piojos. Pero antes de empezar los 80 días, al fin del primer día de luto, a la puesta del sol, los viejos que se habían encargado de los ritos prendían fuego a las figuras hechas de corteza, que entonces ardían con mucha facilidad. Los viejos consolaban a las viudas, diciéndoles que "nuestros hijos, los tigres y las águilas", los habían comido el sol.

El luto duraba 80 días, al fin de los cuales las mujeres quedaban libres de tristeza cuando "los ministros diputados para aquel oficio" les raspaban la mugre de la cara y la tiraban fuera de la ciudad. (*Ibid.*, II:287-298).

Cuando se moría un tlatoani o un miembro de su familia, se hacían exequias similares a las que se han descrito, pero eran más elaboradas. Al morir Axayacatl, ca. 1481, los dirigentes y señores de todas las ciudades aliadas llegaron a Tenochtitlan, llevando regalos, entre ellos corteza de árbol y madera resinosa de pino de la región de Chalco. Se hacía la estatua de ocote: "tenían a aquel género de leña en gran reverencia"... era "corteza de árboles y tea" en gran cantidad, usada especialmente "para quemar los cuerpos de los señores" que se ponía

en una enramada hecha especialmente para la ocasión, que llamaban la tlacochcalli. La figura de tea, con insignias del rey, era vestida con los atavíos del dios Huitzilopochtli. Sobre la representación de este dios colocaban las vestiduras de Tláloc, luego vestían la estatua como Youalahuan (un aspecto de Xipe Totec), y finalmente como Quetzalcóatl. A continuación se hacían los ritos funerarios usuales, con los cantos tristes de las mujeres, los cantos de los cantores especiales, el tocado del tambor. A los esclavos y esclavas que habían servido al rey les vestían espléndidamente para que fueran al otro mundo para servirle. Tenían la creencia de que en el más allá se iban a convertir en grandes señores, por eso iban vestidos con lujo. Por fin, después de otros ritos como el derramar pulque por el tlacochcalli y sahumar, los señores principales alzaban la estatua de corteza vestida con ropas de cuatro dioses y la llevaban delante de la estatua de Huitzilopochtli en su templo. Colocando el cuerpo verdadero del rey muerto junto a su semejanza, prendían fuego a ambos.

Finalmente, venían los esclavos y esclavas, los enanos y corcovados del palacio, y junto a las cenizas del tlatoani y de su estatua de tea, colocaban un teponaztli. Este teponaztli servía como piedra de sacrificio, aun siendo de madera y no de piedra. A cada servidor le sacrificaban sobre el teponaztli, cortándole el corazón. Con la sangre rociaban el fuego que todavía ardía un poco en el cuerpo del rey, aunque su estatua se había consumido. Cuando todo terminó, recogieron las cenizas de Axayacatl y las de la madera sagrada, junto con los corazones y las joyas que llevaban los esclavos y sirvientes. Pasados 80 días se repetía la misma ceremonia, con la quema de una estatua de ocote pero sin el cuerpo del tlatoani, claro está. Las cenizas del supremo dirigente y de la figura de tea fueron enterrados en una cavidad al pie de la estatua de Huitzilopochtli, según Durán. Al morir en batalla tres hermanos de Motecuhzoma II, más tarde, se hicieron estas exequias pero “las cenizas las cogieron y las enterraron en el altar de las águilas, que ellos llamaban, que era junto a la piedra del sol”, añade Durán. (*Ibid.*, II:287-300, 435-436).

Las fiestas

En las 18 fiestas prehispánicas, de veinte días cada una (el “mes” antiguo), el ritual tenía un papel importante. Hay mención de madera, de la corteza resinosa, de los árboles, del copal (que en fin es producto del árbol, es como su sangre), en todas ellas. Sin dar descripciones detalladas, señalaré algunas presencias de estos elementos en algunas fiestas.

El primer periodo de veinte días empezó el 2 de febrero según Sahagún, el 2 de marzo según Durán (según nuestro calendario). Se llamaba Atl Caualo, "Se detienen las aguas", o Quauitl Eua, "Cuando empiezan a florecer los árboles". Tenía un tercer nombre, Xuihtitzquilo, "Tomar el año o rama en la mano". Dice Durán que también se llamaba Xilomaniztli, "Cuando nace la mazorca fresca y en leche" (*Ibid.*, 1:239-240). Los cuatro nombres se refieren al nacimiento de la vegetación después de la época fría y seca. La gente iba a las milpas y a las huertas donde tocaban los árboles y las plantas nuevas, como darles la bienvenida.

En las ceremonias del segundo mes, Tlacaxipehualiztli,

Todos los asentaderos con que este día se asentaban habían de ser hechos de hojas de zapotes blancos, el *tzapotl*. . . y de las hojas de éstos hacían asentaderos éstos aquel día para sentarse y no de otra cosa. Superstición diabólica. Duraba esta superstición hasta la fiesta venidera de esta a veinte días. (*Ibid.*, 1:244).

Durante Tozoztontli, tercer mes, se ofrecían las primeras frutas en el templo Yopico, y antes de esta ceremonia nadie se atrevía a oler las flores. Los labradores iban a las sementeras con braseros y echaban incienso a las plantas y los árboles. Ofrecía copal y hule al "dios de su sementera" cada campesino. (1:249).

Durante Huey Tozoztli, en honor de Tláloc, dios de la lluvia y de la tierra, se hizo un bosque artificial en el gran patio frente a la estatua de Tláloc. Pensamos que debe haber sido frente a la parte norte del templo Mayor. Trajeron árboles recién cortados del bosque y los arreglaron en el patio, poniendo un gran árbol en medio, con lazos que daban vuelta a esta majestuosidad central, con sogas que amarraron a cuatro árboles más chicos en cada esquina, quizás representando los cuatro rumbos del universo y el centro. El nombre del gran árbol central fue *Tota*, "Nuestro padre", *Topiltzin*, "Nuestro príncipe", y *Yolometl*, "El que tiene corazón" o "Corazón del maguey". A Tota-Topiltzin-Yolometl lo trajeron de Colhuacan, "Lugar de antepasados, Lugar de abuelos". Al mismo tiempo que en el bosque provisional se instalaban en Tenochtitlan y las ceremonias se llevaban a cabo allá, otros ritos tuvieron lugar en la cima del Monte Tláloc. Después de las ceremonias en la capital mexicana, al árbol principal lo llevaron en una canoa a Pantitlán, con música, ceremonias, y el sacrificio de una niña, desataron las ramas del Tota que se habían amarrado para facilidad en transportarlo, y lo echaron en forma vertical, parado, en un sumidero en el lago. Al lago lo llamaron "Nuestra Madre", así que se juntaron en este acto

simbólico dos míticos miembros de la gran familia de la tierra. (*Ibid.*, 1:80-89).

De las otras festividades mensuales Tlaxochimaco, el noveno mes, fue importante honrar el árbol. Se escogió un gran árbol que iba a tener el papel principal en el siguiente mes, Xocotl Huetzi. El árbol fue "de los mayores y más gruesos que en el monte había". Lo trajeron con mucha fiesta, música, cantos y ofrendas de comidas y sahumerios de copal. El árbol se quedó sin levantarse durante veinte días. Todo este tiempo el pueblo y los sacerdotes lo festejaban con mucha ceremonia y ponían encima del Xocotl —porque así lo habían nombrado— ofrendas de muchos tipos.

En el siguiente mes, el décimo, llamado Xocotl Huetzi, en el primer día el árbol fue levantado en el patio del templo. Antes, especialmente en Coyoacan, en donde "era su particular dios y abogado", fue vestido y adornado con flores, plumas y joyas. Una figura hecha de amaranto/tzoalli fue puesta en la cima del xocotl. Durán dice que fue un pájaro, otras fuentes dicen que un xocotl en miniatura. Se llevaron a cabo ceremonias como bailes de jóvenes, sacrificios de esclavos y ofrendas. Finalmente, "los hijos de señores y principales, no gente baladí ni baja (sino) diestros, animosos y ligeros", competían en subir el árbol o palo lo más rápido posible, para alcanzar la figura de tzoalli. El más ligero, que llegaba primero, ganó la cabeza, los demás, las otras partes del ave hecha de semillas. Eran cuatro jóvenes, a quienes les veían como "escogidos de aquel dios". Entraban en el templo donde ayunaban durante cuatro días como penitencia por haber profanado al dios Xocotl. Sin embargo, afuera, venían los hacheros y derribaban el árbol, echándose la gente encima de él, ansiosas para ganar un pedazo de esa madera sagrada, como si fuera una reliquia del dios. (*Ibid.*, 1:119-123, 270-272). Xocotl Huetzi quiere decir "Caída del xocotl" o "Caída de los frutos" y seguramente correspondía a una época de cosecha.

Otra fiesta que mencionaré es Panquetzalitzli, el mes quinceno. El nombre se refiere al "alzamiento de las banderas" y las festividades están dedicadas a Huitzilopochtli. La victoria del dios, patrono de los mexica sobre sus hermanos los Huitznahua y Coyolxauhqui en Coatepec está representada, pero lo que nos interesa es la ceremonia que se hacía en este tiempo que "a todos los árboles frutales y plantas ponían... unas banderetas pequeñas: a los cerezos, a los zapotales de todo género, a los aguacates, . . . a los tunales, a los magueyes. En fin, a todos los árboles ponían estas banderetas", que era "cosa de superstición". Esta ceremonia se hacía en el Marquesado, en la provincia de

Cholula y de Tlaxcala, pero especialmente en el Marquesado, “que cierto es y era la gente más supersticiosa y agorera y hechicera que había en toda la tierra... y en Malinalco, de donde salían los brujos” (*Ibid.*, 1:284-285). Las “supersticiones” que menciona Durán probablemente no eran más que ceremonias de cosecha, un honor que se hacía a los árboles que daban frutas en ese tiempo de otoño. Por cierto, en la representación que se hacía del triunfo de Huitzilopochtli, cuando mató a sus hermanos rebeldes lo hizo con la *xiuhcōatl*, la serpiente de fuego, que fue hecha de tea, el ocote del pino, que introducía otro simbolismo al acto —el uso del árbol ancestral para eliminar a los parientes peligrosos.

Metáforas

Brevemente mencionaré unas pocas metáforas relacionadas con el árbol. La ceiba, el sauce, el cedro, el ahuehuate, eran metáforas para el tlatoani, el gobernador, el maestro, el que protegía y guiaba al pueblo.

Los árboles se comparaban a los antepasados que seguían protegiendo a sus familiares vivos, como el árbol grande protege a la planta nueva con la sombra de sus ramas.

El árbol quebrado que se ve en la *Tira de la Peregrinación*, el árbol de Coatlicamac o Tamoanchan, que se rompió cuando los mexica se sentaron abajo y por eso tuvieron que separarse de los otros grupos migrantes, es el indicador de eventos nuevos, cambios drásticos.

Los tules, aunque no son árboles, se consideraban en esa categoría en el mundo prehispánico; eran metáforas para la autoridad. En el calmecac los jóvenes nobles eran educados para ocupar el asiento de tules, el asiento de autoridad, de mando.

Conclusiones

Hemos visto que el árbol, simbólica y metafóricamente, fue el ancestro del hombre y simbolizaba el tlatoani y el maestro. Tenía su vida propia y la gente le dirigía palabras de cariño como a un hermano, y le ofrecía dádivas, incienso y su propia sangre. La tea u ocotl formaba el cuerpo, la estatua, del guerrero muerto en batalla. También el cuerpo del dios a veces, como se puede ver en algunas figuras de Tláloc y Chalchiuhtlicue encontradas en una cueva en el Iztaccíhuatl. El copal, que es parte del cuerpo del árbol, servía en todas las ceremonias como incienso y el humo del incienso llevaba mensajes a los dioses. También estaba relacionado con la fertilidad y el agua, ya que Tláloc era el

“señor del copal” (*Códice Florentino*, libro vi, cap. 8:35; Sullivan 1965:43; Heyden 1987:126).

El árbol y sus productos servían a la humanidad en toda su vida en muchas maneras. Simbolizaba la creación, la vida, la muerte, los mantenimientos, la utilidad en muchos sentidos. Fue sagrado, divino, profano, adorado, útil, diabólico, según el cronista que lo describía. El árbol es uno de los regalos de la naturaleza que la gente respeta y hasta convierte en deidad, es un amigo tan fiel, tan constante, que el hombre lo ha visto como un miembro de su propia familia, como antepasado mítico y sagrado, porque tiene, como dijo Serna, un “alma racional”.

OBRAS CONSULTADAS

- BURGOA, fray Francisco de, *Geográfica Descripción*, 2 tomos, México, 1934 Archivo General de la Nación.
- CERVANTES DE SALAZAR, FRANCISCO, *Crónica de Nueva España. Papeles* 1914 *de Nueva España*, tomo I. Tercera Serie, Historia, compilados por Francisco del Paso y Troncoso. Madrid, Hauser y Menet.
- Codex Vindobonensis Mexicanus I*. Akademische Druck-u. Verlag-sansalt. 1963 Graz, Austria.
- Códice Selden 2, 3135*. Interpretación de Alfonso Caso. Reproducción fac- 1964 similar del código, más texto. Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- Códice Vaticano Latino 3738 (Ríos)*, en *Antigüedades de México, basadas* 1964 *en la recopilación de Lord Kingsborough*, interpretación de José Corona Núñez, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, vol. III:7-314.
- DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la* 1967 *Tierra Firme*, edición de Ángel María Garibay K. 2 tomos. México, Porrúa.
- FURST, Jill Leslie, *Codex Vindobonensis Mexicanus I, a Commentary*. Ins- 1978 titute for Mesoamerican Studies, publication no. 4. State University of New York, Albany, New York.
- HEYDEN, Doris, *Symbolism of Ceramics from the Templo Mayor*. En *The* 1987 *Aztec Templo Mayor*, editado por Elizabeth H. Boone: 109-130. Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
- “Historia de los Mexicanos por sus pinturas”, en *Teogonía e Historia de los* 1973 *Mexicanos. Tres Opúsculos del Siglo XVI*, edición de Ángel María Garibay K. 2ª ed., México, Porrúa, 23-90, [Sepan cuantos... , núm. 37].

- "Historia de México", *Teogonía e Historia de los Mexicanos. Tres Opúsculos del Siglo XVI*, edición de Ángel María Garibay K., 2ª ed. México, Porrúa, 91-116 [Sepan cuantos..., núm. 37].
- JANSEN, Maarten E.R.G.N., *Huisi Tacu*. 2 tomos. CEDLA, Amsterdam, 1982 Holanda.
- NAVARRETE, Carlos, "Dos deidades de las aguas modeladas en resina de 1968 árbol", en *Boletín INAH*, México, INAH, 33:39-42.
- PONCE DE LEÓN, Pedro, "Tratado de los dioses y ritos de la gentilidad", en 1973 *Teogonía e Historia de los Mexicanos. Tres Opúsculos del Siglo XVI*, edición de Ángel María Garibay K., México, Porrúa, 121-153 [Sepan cuantos..., núm. 37].
- Popol Vuh. Las antiguas historias de Quiché*. Edición de Adrián Resinos, 1953 México, Fondo de Cultura Económica.
- REYES, fray Antonio de los, *Arte de la Lengua Mixteca, 1593*. Vanderbilt 1976 University Publications in Anthropology 14. Nashville, Tennessee.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Florentine Codex. General History of the 1969 Things of New Spain*. Traducción del náhuatl al inglés por Arthur J. O. Anderson & Charles E. Dibble. Book 1: The Gods (1970). Book VI: Rhetoric and Moral Philosophy (1969). The School of American Research & The University of Utah. Santa Fe, New Mexico. (La obra completa consta de 13 tomos: 1950-1982).
- , *Historia General de las Cosas de Nueva España*, edición de 1969 Ángel María Garibay K., 4 tomos, 2ª ed., México, Porrúa.
- SERNA, Jacinto de la, "Manual de Ministros de Indios para el Conocimiento de sus Idolatrías y Extirpación de Ellas", en *Tratado de las Idolatrías, Supersticiones, Dioses, Ritos, Hechicerías y otras Costumbres Gentílicas de las Razas Aborígenes de México*. Notas y comentarios de Francisco del Paso y Troncoso. (Primera edición 1892, Museo Nacional, México). 2ª ed., Ediciones Fuente Cultural, México, Navarro, 39-371.
- SULLIVAN, Thelma D., "A Prayer to Tlaloc", *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1987 México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 5:39-56.
- THOMPSON, J. Eric S., *Maya Hieroglyphic Writing*, University of Oklahoma Press, Norman, 1950

Para mi proyecto sobre los recursos naturales en México, agradezco el apoyo del INAH, el S.N.I., y la John Simon Guggenheim Memorial Foundation.

